

LUCAS 24,36-53

TEXTO

«³⁶Pero, estando hablando ellos de estas cosas, se presentó **él** en medio de ellos y les dice: “**La paz** sea con vosotros”.

³⁷Pero, asustados y llenos de miedo, les parecía ver un espíritu.

³⁸Y les dijo: “¿Por qué estáis turbados y por qué suben a vuestros corazones esas vacilaciones?

³⁹Ved mis manos y mis pies: **soy yo mismo**. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo”.

⁴⁰Y, en diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

⁴¹Pero, estando ellos aún incrédulos por la alegría y estupefactos, les dijo: “¿Tenéis aquí algo para **comer**?”.

⁴²Pero ellos le ofrecieron un trozo de pez asado.

⁴³Y, tomándolo, [lo] **comió** delante de ellos.

⁴⁴Pero les dijo: “Estas son mis palabras, que os hablé estando todavía con vosotros: es preciso que sea cumplido todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos”.

⁴⁵Entonces les **abrió su mente** para comprender las Escrituras.

⁴⁶Y les dijo: “Así está escrito que **el Cristo** padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, ⁴⁷y que se proclame en su nombre conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén; ⁴⁸vosotros sois testigos de estas cosas. ⁴⁹Y he aquí que **yo** envío la promesa de mi Padre sobre **vosotros**; pero **vosotros** sentaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de una fuerza de lo alto”.

⁵⁰Pero los condujo fuera, hasta cerca de Betania y, elevando sus manos, **los bendijo**.

⁵¹Y sucedió que, en el **bendecir él** a ellos, se apartó de ellos y **fue llevado** al cielo.

⁵²Y ellos, habiéndose prosternado ante **él**, volvieron a Jerusalén con una gran alegría. ⁵³Y estaban todo el tiempo en el Templo, **bendiciendo** a Dios».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (24,36-49)

.- V. 36: Lucas señala la brusca presencia del Resucitado en medio de los suyos. Para ello apela a la forma verbal que en La Biblia griega se utiliza a veces para indicar una aparición angélica. Como para precaverse ante una reacción excesiva de rechazo, el que aparece por sorpresa añade al saludo de paz un pronombre: «a vosotros».

.- V. 37: La aparición provoca el espanto. Lo mismo que la aparición de los ángeles a las mujeres que acudían a la tumba suscitó el miedo (24,4-5), la del Resucitado induce el pánico. La angustia de los discípulos alcanza incluso un grado superior a la de las mujeres. Lucas no se contenta, en efecto, con el adjetivo «atemorizado», que había utilizado en el episodio de la tumba vacía (24,5), sino que lo hace preceder del participio de un verbo expresivo que significa «asustar». El pavor de los discípulos se debe a la identidad que atribuyen al que acaba de forzar la entrada. Creen que están viendo un «espíritu», un «fantasma». Por otro lado, Lucas considera que los discípulos no se contentan con «ver», sino que fijan su atención, desean

incluso «contemplar». Pero -precisa el evangelista- toman un camino equivocado, porque opinaban que allí solo había lo que «les parecía», lo que ellos «creían» contemplar. Su estimación era engañosa.

.- V. 38: El estilo y el contenido de este versículo son lucanos y recuerdan las preguntas que Jesús había formulado a los discípulos de Emaús (24,17.25-26) y las que los ángeles habían planteado a las mujeres llegadas a la tumba (24,5). La mención de la confusión («turbar»), de las vacilaciones (lit. «debates») y del «corazón» corresponden a los usos del autor.

.- V. 39: En el episodio de Tomás el incrédulo, el cuarto evangelista pone los puntos sobre las íes: por la mirada y el tacto el discípulo quiere encontrar la marca de los clavos (Jn 20,25). Sin decirlo explícitamente, Lucas quiere llegar al mismo resultado. Pies y manos deben llevar marcas para que revelen una identidad. De lo contrario, es preciso ver la cara para reconocer a una persona («soy yo mismo»). Es preciso además ponerse de acuerdo en la entidad de este «yo»: la tradición que Lucas cita rechaza este resto de persona que sobrevive a la muerte y se presenta bajo la forma de un fantasma, de un «espíritu» (la misma palabra que en el v. 37). No admite tampoco que Jesús se hubiera salvado del martirio y continuara simplemente viviendo. No; el «soy yo mismo» designa la novedad de la resurrección en la continuidad de la persona. En una palabra, el misterio cristiano.

El versículo 39 está constituido por dos frases en imperativo que se solapan y se complementan. La primera señala solo la mirada («ved», «mirad»); la segunda añade el tacto («palpadme y ved»). La obediencia a la primera orden conducirá al reconocimiento; la obediencia a la segunda evitará el malentendido. De hecho, son las dos caras de la misma moneda. La confirmación será doble: el que aparece de un modo tangible no puede ser un fantasma; las marcas que muestra permiten reconocer que es él. Lucas admite la corporalidad de la resurrección. Para que sean convincentes, los pies y las manos deben tener huesos y estar recubiertos de carne. Ahora bien, Pablo, el maestro teológico de Lucas, consideraba que «la carne y la sangre no podían heredar el reino de Dios» (1Co 15,50). Pero el Apóstol, que subrayaba el carácter espiritual de la resurrección, estimaba que para que fuera personal, la resurrección debía ser corporal. Lucas repite este aspecto del pensamiento paulino; de este viene la famosa expresión *cuerpo espiritual* (1Co 15,44), que tenía la doble ventaja de asegurar la continuidad de la persona («cuerpo») en la discontinuidad de la naturaleza («espiritual»). Esta dimensión nueva sucede y se opone a la dimensión histórica, humana y contingente de la «carne».

.- Vv. 40-41: El v. 40 permite que se realice el doble imperativo: mientras habla, el Resucitado muestra sus heridas. Es preciso señalar en primer lugar una tensión del v. 41 con el v. 34 que ponía el mensaje pascual en boca de los discípulos. Esta tensión entre la fe y la negativa a creer se explica por la independencia original de las historias que Lucas reagrupa en este capítulo. Es preciso señalar luego la paradoja: los discípulos dudan y se regocijan a la vez. Mateo es más racional y dice que, a la vista del Resucitado, unos lo adoran y otros dudan (Mt 28,17). Aquí, en Lucas, a todos ellos les cuesta creer y muestran la misma facilidad de júbilo. Lo que Lucas quiere expresar aquí es el trastorno psíquico, físico y existencial provocado por el contacto con lo divino, más precisamente por el resultado de la intervención de Dios, a saber, la resurrección de Cristo.

Los sentimientos dan lugar luego a las palabras y a los gestos sencillos. Jesús pide (educadamente; no dice «dadme», sino «¿tenéis?») algo para comer.

.- V. 42: Los discípulos le presentan entonces «un trozo de pez asado». El sentido simbólico del pez permite pasar con facilidad de la demostración física de la resurrección a la importancia

colectiva del gesto. Al comer pescado, como lo había hecho la muchedumbre en el momento de la multiplicación de los panes (9,13), Cristo comparte la misma comida que sus discípulos. Lucas sugiere aquí *la comensalidad*, la comunión e incluso la liturgia eucarística.

.- En el v. 43 volvemos a la demostración física de la resurrección, ya que Jesús toma el pescado y lo come. Al decir que lo hizo «delante de ellos», Lucas insiste en el argumento en favor de la resurrección. Los discípulos no comen, sino que observan la demostración.

.- V. 44: En este instante comienza la segunda parte del episodio, el discurso final del Resucitado. Lucas es amigo de la continuidad y reitera la enseñanza ya transmitida. Una amplia proposición concierne a las Escrituras. Estas se dividen en tres secciones, y cada una de ellas contiene profecías que deben alcanzar su cumplimiento. Dos palabras bastan para indicar el contenido: «sobre mí». Lucas no dice que todas las historias y todos los mandatos del AT hablen de Cristo. Se atreve, sin embargo, a imponer una *lectura cristológica* de las Escrituras de Israel. El vocablo «todas» confirma esta ambición.

.- V. 45: El mensaje permanece el mismo por lo que es la inteligencia de los oyentes la que debe cambiar. Para Lucas, ni el mensaje de las mujeres que retornaban de la tumba vacía, ni las palabras de los discípulos venidos de Emaús, ni las pruebas de la resurrección bastaron para ofrecer una clave de interpretación de las santas Escrituras. Hacía falta la intervención espiritual de Cristo resucitado, porque se trataba de la transformación de la «inteligencia». *Pascua es el día de las aperturas*: apertura de la tumba (24,2), de los ojos (24,31), de las Escrituras (24,32) y, en este momento, de la inteligencia (v. 45). El proceso además no es solo intelectual: si bien Lucas utiliza aquí el vocablo «inteligencia», en otros lugares habla de «corazón» (24,25.32). La transformación concierne a la persona entera, principalmente a su ser interior. El episodio podría detenerse ahí.

.- V. 46: Lucas devuelve la palabra al Resucitado, porque piensa especificar las partes esenciales de tales profecías. Los lectores las conocen bien, porque tienen relación con los dos artículos principales del *kerigma*, a saber, la muerte y la resurrección que constituían también el núcleo de los anuncios de la Pasión. La muerte es definida aquí como un sufrir (cf. 24,26), y la vuelta a la vida como una resurrección al tercer día (cf. 24,7).

Es sorprendente, en cambio, que el evangelista no mencione el ministerio de Jesús anterior a la Pasión. Ni los actos de poder, ni las enseñanzas del Mesías desempeñan aquí función alguna. Dos explicaciones vienen a la mente: a) Lucas está bajo la influencia de una construcción teológica, atestiguada por Pablo, que concentra la atención en el binomio cruz-resurrección; b) Lucas está a punto de pasar página y ya piensa en el libro de los Hechos. Y en este segundo volumen, los apóstoles y los testigos comparten la predilección paulina por un mensaje centrado en la muerte y la resurrección. Esta orientación hacia el futuro no es menos paradójica en versículos que se refieren ostensiblemente al pasado.

.- V. 47: Lucas provoca una nueva sorpresa y afirma que las Escrituras, además del mensaje mismo, proclaman también la promesa de la difusión de este mensaje. La expresión «Así está escrito» (v. 46) incluye la predicación del arrepentimiento y la oferta del perdón. Lucas presenta aquí esta tesis que había sugerido en su evangelio por una razón doble: por fidelidad a la tradición y por la atención que ya presta al futuro libro de los Hechos.

La formulación de este v. 47 contiene elementos extraños en Lucas: no dice en ningún otro lugar que hay que «proclamar» la «conversión», e insiste poco en el vocabulario del «perdón de los pecados». En cambio, el mismo verbo «proclamar», así como el sustantivo

«arrepentimiento», «conversión», la precisión «en su nombre» y sobre todo la perspectiva universalista («a todas las naciones») son características de Lucas.

El evangelista que se atreverá antes que nadie a añadir un segundo libro a la vida de Jesús ya contada en el primero, prepara aquí el terreno. En el primero todo convergió y acabó en Jerusalén (9,51.53; 13,22; 17,11; 18,31; 19,28.41.45); en el segundo todo va a comenzar en y a partir desde la misma ciudad («comenzando desde Jerusalén»). Es posible que Lucas se deje influir aquí por el oráculo de Isaías que hace del monte Sión, en Jerusalén, punto de convergencia y punto de partida (Is 2,1-3).

.- V. 48: La palabra «testigos» reenvía a los lectores al prólogo del evangelio. La generación de los apóstoles recibe ahí la denominación de «testigos oculares», los que desde el principio fueron «servidores» de la Palabra (1,2). Una cosa queda clara: no son testigos oculares pasivos, porque han llegado a ser activamente lo que son. Además, las «cosas» de las que son testigos no son todas visibles.

Los testigos son fiables porque poseen una fidelidad doble, a la historia y a la verdad. Por una parte, conocieron al Jesús histórico, antes de, durante y después de su Pasión. Por otra, conocen el *kerigma* cristiano y el sentido de las Escrituras. Además, como señala el v. 49, necesitan del Espíritu Santo para que su testimonio se vuelva eficaz.

.- V. 49: El «yo» cristológico marca la perícopa como un sello. Está presente al principio, v. 44, que reenvía al ministerio de Jesús, ya en el pasado, y está presente al final, v. 49, anunciando el don futuro del Espíritu Santo. La última frase de Jesús en el evangelio anuncia el principio de los Hechos, a saber, el relato de Pentecostés (2,1-4). En este pasaje no limita explícitamente la aparición del Resucitado a los Once: en el v. 33, habla de la reunión de los Once y de los que les prestaban compañía. A este pequeño grupo de gente se añaden los dos discípulos de Emaús (también en el v. 33). Si uno se remonta al incidente anterior, se observará que las mujeres que han vuelto de la tumba permanecen al lado de los apóstoles (vv. 9-11). Lucas no aparta a nadie de la escena ni de la promesa.

Es importante la irrupción aquí del tema del Espíritu Santo. Para Lucas, el Espíritu de la promesa en las Escrituras de Israel se manifiesta en el Evangelio como don del Padre, pero reserva sus efectos al Hijo. Para que se realice el plan de Dios hace falta, sin embargo, que esta «fuerza» se difunda luego en la Iglesia. Lucas concibe la función del Espíritu en primer lugar de modo misionero: por esta fuerza (v. 49) es como podrá ser anunciado y recibido el mensaje de la conversión y del perdón (v. 47). El Espíritu cumplirá luego otras funciones en los Hechos, pero el Evangelio apenas señala tales funciones.

Al evangelista le agrada hacer visible lo invisible: pide literalmente a los discípulos que se «sienten» (v. 49, traducido por «permaneced») y «esperen» (Hch 1,4) «en la ciudad» la fuerza que descenderá «sobre ellos» («sobre vosotros», v. 49 y Hch 1,8), de la que, literalmente, «seréis revestidos» (v. 49).

SEGUNDA UNIDAD (24,50-53)

.- V. 50: El evangelio y los Hechos no se contradicen en cuanto al lugar de la ascensión. Los dos la sitúan al este de Jerusalén, no lejos de la capital. Betania (24,50) está en efecto al pie oriental del Monte de los Olivos (Hch 1,12). Lucas quiere simplemente variar la expresión. ¿Por qué era preciso salir de Jerusalén para separarse? El relato de los Hechos, a su modo, proporciona la razón: la parusía se desarrollará a la manera de la ascensión, simplemente en un orden inverso (Hch 1,11). Ahora bien, una antigua tradición bíblica asociaba esta llegada final del Señor con el Monte de los Olivos (Zac 14,4 y Ez 11,23). Para que fuera respetado el

orden previsto, convenía que la partida tuviera lugar en el mismo sitio, fuera de la ciudad, en el lado oriental.

El evangelista no parece tampoco sentir una contradicción respecto a la fecha de la ascensión. Sin embargo, la tensión existe: en el evangelio, la ascensión parece desarrollarse el día de Pascua y no, como sostienen los Hechos, cuarenta días más tarde (Hch 1,3). Se ha dado a este periodo, con razón, un valor simbólico: periodo aparte, en este caso, para una última enseñanza que concierne al reino de Dios (Hch 1,3).

Cuando Jesús bendice a sus discípulos, se inserta en una tradición bíblica antigua. Fue Dios en primer lugar quien bendijo a Adán y Eva cuando los creó (Gn 1,28); a Noé y a su familia al final del diluvio (Gn 9,1); luego a Abrahán y a sus descendientes en el momento de partir (Gn 12,1-3). Según Lucas, Jesús, antes de su partida final, repite y actualiza este gesto ancestral.

Como indica la elevación de las manos, la bendición es más que una palabra. Es un gesto performativo, que comunica la benevolencia y la protección divinas y que asegura la continuidad y la fidelidad en el momento de la partida o de la separación. Las palabras que se pronuncian en esta ocasión tienen el peso de los juramentos. Al bendecir, Cristo se da a conocer como don de la presencia. Hay, pues, en nuestro pasaje una paradoja de la retirada y del don, de la ausencia y de la presencia. La paradoja de Emaús se repite aquí. Lucas sabe que a partir de los discípulos la bendición se difundirá hacia otros discípulos y que desde el pueblo de Israel se desbordará a todas las naciones.

- V. 51: La expresión típica de Lucas, «y sucedió que», sirve de indicador: va a suceder un acontecimiento importante. Dos verbos van a describirlo. El primero marca la distancia que interviene entre «él» y «ellos»; el segundo, la elevación al cielo. En el libro de los Hechos (1,2.11.22), como en el himno de 1Tm 3,16 y en el final no auténtico de Marcos (Mc 16,19), es el verbo «elevar», en voz pasiva, el que sirve para describir la ascensión. Lucas prefiere aquí un verbo menos solicitado, «llevar», «levantar», también en pasiva.

El libro de los Hechos confirmará esta ausencia en la tierra del Resucitado a causa de su ascensión: además del capítulo 1 -segundo relato de la ascensión en particular- es preciso señalar esta frase significativa puesta en boca de Pedro, el portavoz de los apóstoles: «A fin de que del Señor venga el tiempo de refrigerio y envíe al Cristo que os había sido destinado, Jesús, a quien debe acoger el cielo hasta el momento de la restauración universal, de la que Dios habló por boca de sus santos profetas en otro tiempo» (Hch 3,20-21).

- V. 52: Es natural que los que reciben una bendición reaccionen. Los discípulos se prosternan delante de Cristo: «tras haberse prosternado ante él». Jesús ha pasado la barrera que separa a los humanos de Dios. Tras la resurrección, puede recibir honores divinos. A diferencia de Mateo, Lucas, atento a respetar las etapas, jamás ha dicho hasta este momento que los seres humanos hubieran adorado a Cristo. En el momento de la ascensión, lo hace sin vacilaciones. Recordemos que en el día del nacimiento de Jesús, los pastores retornan «cantando la gloria y las alabanzas» no del recién nacido, sino de «Dios» (2,20).

El verbo, más que señalar palabras, define una actitud. Es el gesto del que se inclina hasta tierra, la reacción esperada del que se encuentra ante una divinidad o un rey. Los griegos utilizan este verbo para indicar la adoración ofrecida a sus dioses. La *proskinesis* formaba parte también del protocolo en la corte del rey de Persia y en los reinos del Oriente Medio antiguo. El término pertenece, pues, al vocabulario del templo y del palacio, de la religión y de la corte. La religión de Israel y tras ella la cristiana escogieron este gesto para expresar la reacción humana ante Dios y Cristo.

La mención aquí de una «gran alegría» sorprende solo en parte. Ciertamente, toda separación implica una gran tristeza, pero como aquí el que se va es también el que se queda (la misma

idea al final de Mateo: «Yo estoy con vosotros cada día hasta el final de los tiempos»: 28,20), su presencia-ausencia provoca la alegría.

Desde el punto de vista formal, el lector cae en la cuenta del esfuerzo de *la inclusión* desarrollada por el autor. El evangelio comenzó en Jerusalén y concluye en Jerusalén. La gran alegría de la ascensión (v. 52) tiene como contrapartida la gran alegría de la Navidad (2,10). El Templo sirve de marco a la acción tanto aquí (v. 53) como al principio (1,9.21; 2,27.46).

- V. 53: Lucas mantiene sólidamente el arraigo judío de la Iglesia cristiana. Pero aunque los primeros testigos de Cristo son judíos, no se lanzan a rebeliones aventuradas. Son piadosos y frecuentan el Templo, no los campamentos militares. Hablando del *hierón* y no del *naos* (el espacio de Zacarías, 1,9.21), Lucas señala que estos hombres y mujeres son laicos que permanecen en el «espacio sagrado», y no miembros del clero que penetran en el santuario mismo. A esta distinción se añade en los Hechos otra diferencia: el capítulo 1 del libro, que cuenta el establecimiento de la primera comunidad cristiana, señala que los apóstoles y los discípulos de Cristo Jesús, hombres y mujeres, se mantienen regularmente *en otro espacio*, una habitación elevada. El lector comprende entonces si no la doble fidelidad (al cristianismo y al judaísmo), por lo menos la evolución que Lucas espera del judaísmo. El Templo deja de ser la única opción religiosa. No será en adelante el lugar de los sacrificios, sino el de la oración (Hch 3,1), y sus accesos serán los testigos de la proclamación misionera (Hch 3,12-26). El futuro de Dios, que implica el futuro de su pueblo, es pasar de un siglo al otro, de un espacio sagrado al mundo entero, de Jerusalén a las extremidades de la tierra. Aunque permanezcan ahí, en el Templo, «todo el tiempo», es preciso reconocer que se trata de una manera de hablar.